VII

UN HOMBRE QUE ESPERA QUE LO MATEN

En la cárcel de la Roqueta había tres celdas especialmente destinadas á los condenados á muerte. Hallábanse en el entresuelo, encima de la enfermería, y sus puertas daban á un reducido vestíbulo cerrado por formidable barrera de madera pintada de negro.

No era cosa frecuente ver ocupadas las tres celdas al mismo tiempo. Esto solo ocurrió en el año 1855, en el que fueron cinco los condenados que esperaban juntos el momento de la expiación suprema. Entonces hubo que habilitar alojamiento para dos de ellos en otra prisión de estado.

El lector debe saber, para la mejor comprensión de la historia que nos ocupa, que todo condenado á muerte tenía seis guardias encargados de su custodia durante todo el tiempo de su permanencia en la Roqueta. Si eran dos los condenados, los guardias eran doce, y diez y ocho cuando aquéllos llegaban al número de tres. Prestaban su servicio por parejas, cada

una de las cuales permanecía dos veces cuatro horas junto al condenado, con un intervalo de ocho horas para el descanso. Cuando salía de la celda para el paseo cotidiano, acompañábanle cuatro guardianes de los que uno marchaba delante, dos á sus lados y detrás el último.

La víspera del día en que se desarrollaron los acontecimientos que hemos narrado en los capítulos precedentes, y como á cosa de las cuatro de la tarde, la puerta de la celda ocupada por Desjardies se abrió ruidosamente, y en el umbral de ella apareció un hombrecillo seco, de antipática fisonomía, que agitaba en su mano derecha un manojo de enormes llaves.

Era el cabo de carceleros.

— Andando, Desjardies; — dijo con tono desabrido. — Es la hora del paseo.

Como si despertase bruscamente de un sueño ó volviese de pronto á la realidad de la vida, Desjardies, que se hallaba sentado en su camastro, hizo un ademán con la cabeza, como si quisiera dar á entender que había comprendido, y se levantó sin pronunciar una palabra.

Vestía el preso el uniforme de la cárcel, de paño marrón muy burdo, ancha con exceso la chaqueta y ridículamente corto el pantalón. Y sin embargo, los movimientos de aquel hombre tenían cierto elegante desembarazo reveladores de que el desgraciado debió pertenecer en otro tiempo á eso que hemos convenido en llamar la buena sociedad. Aparentaba tener unos cincuenta años; y como desde que ingresara en la Roqueta habíase mostrado sumiso y razonable

hubieron de dispensarle del uso de la terrible camisa de fuerza.

En el momento de levantarse del camastro deslizó en su bolsillo algo que conservaba entre las manos, un retrato sin duda, y siguiendo á los hombres que le esperaban, encontróse de pronto en el vestíbulo. Cerráronse unas puertas, abriéronse otras, y durante algunos minutos á los oídos de Desjardies sólo llegó el desagradable ruido de llaves y cerrojos. Luego, al cabo de un rato, llegó al patinillo de los condenados á muerte: un patio cuadrado, de exiguas proporciones, en el que puede haber hasta unos cuantos metros cúbicos de aire, lo indispensable para que respiren los que van á morir, pero insuficientes para dar vida á un ético castaño y á unos cuantos arbolillos que ni aun en primavera se visten de flores ni de verdura. Una galería abovedada, limita el patio á modo de claustro, y bajo esa bóveda, encuadrado por los cuatro guardianes, prisión de carne que se pasea con el condenado, hace resonar este último, sobre el pavimento, las pesadas galochas de que está calzado, durante media hora.

Ya ha pasado esta. Vuelve Desjardies á su celda y en ella es encerrado con sus dos guardianes, quienes ni siquiera le preguntan si quiere jugar á las cartas. ¿Para qué? Demasiado saben ellos que el hombre no juega, ni tiene humor para nada, ni parece interesarse por cosa alguna que no sea aquel pedazo de cartulina del que no se separa nunca; que desliza de vez en cuando en el bolsillo exterior del chaquetón, y que busca de nuevo en él para volver á contemplarlo largamente, siempre en silencio...

No: lo que es con Desjardies no hay medio de distraerse. Hay condenados divertidos, que juegan á las cartas, y hacen trampas y escamoteos inverosímiles, y que á veces cuentan historias horrorosas y se alaban de delitos formidables, como si quisieran manifestar el orgullo que les produce la convicción de haber merecido la terrible pena que les espera... Los hay también que se lamentan, que se arrepienten de sus crímenes, que manifiestan el deseo de poder contar con un poco de tiempo para ser honrados... Pero Desjardies no es de éstos ni de aquéllos; Desjardies pasa el tiempo sin hablar una palabra, fija la mirada en el retrato de su hija.

— Ahí lo tienes, — dice uno de los guardianes á su compañero, mientras baraja los naipes grasientos; — embabiecado como siempre con su fotografía.

Con efecto, Desjardies acababa de acercarse á la linterna incrustada en el muro y protegida por una red metálica, y una vez allí, vuelto de espaldas á sus guardianes, había sacado del bolsillo exterior de su chaquetón la adorada cartulina. Pero esta vez, al contemplarla, sus ojos habíanse dilatado, y sus manos temblaban convulsivamente. No miraba la imagen de su hija, sino el dorso del cartón que la contenía. Mirábalo con ojos exorbitados porque acababa de ver en él escritas con lápiz, algunas palabras. ¡Y qué palabras!

« Tenga usted esperanza... Alguien trabaja para salvarlo... Suceda lo que suceda no se extrañe de nada... Y sobre todo rehuse usted la compañía del cura. »

¡Palabras enigmáticas!... Palabras imposibles!

« Tenga usted esperanza... Alguien trabaja para salvarlo... »

Colocando de nuevo el retrato en el bolsillo, repetíase Desjardies estas palabras, como si perdido desde mucho tiempo antes el sentido de las mismas se esforzase en encontrar de nuevo su significación.

¿Cómo era posible que al pie mismo del cadalso la palabra esperanza llegase á sonar en sus oídos?

¿Esperar qué, en qué? ¿No había sido rechazado el recurso de casación interpuesto? ¿No lo sería igualmente el llamamiento supremo dirigido á la real clemencia? ¡Y aun querían hacerle esperar!

Luego, ¿qué querían decir aquellas otras palabras, más misteriosas todavía : « Alguien trabaja para salvarlo ». Ese *alguien* aparecíasele como una Providencia irrisoria. ¿No estaba acaso abandonado de todos, excepción hecha de su hija, que nada podía hacer, desgraciadamente, para salvarlo? ¿De dónde salía ese alguien? ¿Bajaba del cielo ó subía de la tierra? Como quiera que fuese, ¿qué podía hacer ese *alguien* entre el verdugo y él? Y sobre todo, ¿por qué en aquellas horas supremas se le recomendaba que rehusase los auxilios espirituales del sacerdote?

Además, — y esto sí que le preocupaba — ¿cómo habían sido escritas aquellas palabras en la cartulina? ¿Quién, y cuándo las había escrito?

Cerró los ojos para mejor concentrar su pensamiento y también con objeto de que sus guardianes no advirtiesen en ellos una expresión nueva; y así, sumido en la noche de sus párpados cerrados, los brazos sobre el pecho, reclinóse contra el muro, y dióse á reflexionar.

— Vamos á ver, — se decía; — ¿estaban escritas esas palabras en el dorso del retrato antes de mi paseo en el patio?... Me parece haber visto bien uno y otro lado de la cartulina sin observar nada de extraño... ¿Quién se acerca á mi lo bastante para poder, sin que nadie lo note, ni aun yo mismo, sacarme el retrato del bolsillo, escribir en él, y ponerlo de nuevo donde estaba? ¿Quién? ¿Uno de éstos tal vez?

Abrió los ojos Desjardies y miró á hurtadillas á los guardianes, quienes jugaban á las cartas distraídos, sin prestar gran atención á lo que hacían, y pronunciando con evidente cansancio las palabras necesarias al juego. Ambos se habían mostrado amables con el preso, pero sin exageración. No, no podía ser ninguno de aquéllos.

La mirada del preso vagó por la celda, recorriéndola toda. ¿Por dónde llegaría el prometido socorro? ¿Por la puerta ó por la ventana? ¿Debía abrirse el techo, ó levantarse el suelo cuando menos lo esperase?

Enhebrando una tras otra las hipótesis, Desjardies miraba con obstinación la celda desnuda, vacía y sonora en que se hallaba encerrado, en la que nada extraño ni anormal podía ocultarse. El suelo unido, liso, el calorífero de porcelana, el minúsculo armario que contenía sus trapos, todo lo recorrió con la vista. En la celda, cuadrada, había además una mesa, tres sillas de paja y un catre. La puerta, como hemos dicho, abría sobre el vestíbulo. Cuanto á la ventana, provista naturalmente de barrotes cubiertos de una tela metálica, daba al primer camino de ronda; y

decimos primero, porque en la cárcel de la Roqueta había tres caminos de dicha clase; bajo aquella ventana, en la parte exterior, vigilaba un centinela.

En ello pensaba Desjardies sacudiendo con desesperanza la cabeza. Dió después algunos pasos y una vez más dejóse caer en el camastro, atenazada su mente por la obsesión de las misteriosas palabras escritas en el retrato de su hija.

¿Cómo? ¿Quién? ¿Los guardianes precedentes? ¿Tal vez uno de los cuatro que le acompañaron durante el corto paseo?

Esta última idea se fijó con fuerza en su mente, como si pretendiese arraigar en ella. En el paseo le acompañaban cuatro hombres, de los que uno iba delante, otro á su derecha, el tercero á su izquierda, y detrás de él el último. Este... ¿por qué no, pues que nadie le veía? pudo deslizar la mano en el bolsillo del preso, sacar el retrato, escribir durante la marcha, casi tranquilamente, á espaldas de sus tres compañeros.. Sí; la letra parecía temblona, desigual... Había soluciones de continuidad en la confección de las letras... Sin duda aquellas palabras fueron escritas andando... ¿Por qué no?

Entonces Desjardies procuró recordar el semblante de aquel hombre; del que tal vez había hecho aquello... Era una cara vulgar, adornada con un bigote rubio muy claro : semblante pálido, ojos inexpresivos, de azul muy claro, ojos de albino... ¡Oh! cuanto daría él por ver de nuevo aquella figura insignificante! ¡Y pensar que no tenía más remedio que esperarse hasta el día siguiente para satisfacer su curiosidad, para saber lo que le era dado esperar!

Porque ¿á qué negarlo? El hombre esperaba. Comprendía ya, ó por lo menos creía comprenderlo, cómo habían debido pasar las cosas. Lo que no le era dado comprender, pero de ninguna manera, es que hubiese alguien que se dignase intentar algo en favor suyo. ¿Qué impulso movía á ese guardián para proceder como lo hiciera, exponiéndose á la pérdida de su destino? ¿Y quién, sobre todo, acometía la formidable, la temeraria, la loca empresa de hacer evadir un condenado á muerte? ¡Y qué condenado! El, Desjardies, acusado del asesinato de Lamblin, y tan culpable en concepto de todos, tan denunciado por una porción de pruebas de tan aplastante evidencia, que hasta él mismo, inocente, hubo de preguntarse si debía ó no creer en su propia culpabilidad. Sin su hija, sin su Gabriela, tal vez su pensamiento, anegado en la locura, habría ido á estrellarse contra la desesperación irónica y suprema, acusándose á sí mismo para que fuese completa su desgracia, para no tener nada más que desear.

Ser un hombre honrado en toda la acepción de la palabra, más aún que eso, un noble corazón; haber nacido en la opulencia, verse educado como lo son los hijos de los ricos, saberse casi poderoso y hallarse de la noche á la mañana reducido á la miseria, hasta el punto de preguntarse cómo comerá él, cómo dará de comer á su hija, es una desgracia, sí, pero no irreparable, si el que se encuentra en ese caso es honrado y cuenta con el apoyo de su inteligencia, con su personal esfuerzo y con el amor de los suyos como auxiliares. Para aquellos que quieren trabajar hay siempre un poco de trabajo en algún rincón del universo.

Pero ser noble por los sentimientos, no haber desesperado jamás, continuar siendo honrado en la miseria y hallar, como término de los sacrificios realizados para vivir. el cadalso afrentoso, es algo horrible, espantoso, tremendamente injusto.

Hubo un día en que por efecto de la quiebra de la Caja de los caminos de hierro, Desjardies se vió reducido á la miseria, y mendigó, pues hubo quien pudo verle tendiendo la mano á la puerta de los ministerios. Como poseía el inglés, el alemán, y aun algo de turco aprendido en su juventud en Constantinopla, obtuvo al fin un puesto en Salónica. Gracias en efecto á una recomendación de Sinnamari, que por aquella época se encontraba en las oficinas de la Cancillería, y á la de un subjefe de gabinete que hubo de conocer en otro tiempo en Pera, pudo entrar en la nueva sociedad de Caminos de hierro otomanos, que acababa de formarse, y que era, al parecer, empresa de gran importancia.

Fuese pues á tomar posesión de su destino de subsecretario del administrador de la naciente sociedad, y se instaló con su hija en Salónica. Seis meses más tarde estalló el escándalo. La historia de siempre : negocios sucios, compra de conciencias y de votos, malversación de fondos sociales, una ola en fin de corrupción y de inmoralidad que llegó á salpicar hasta los escaños de la cámara. Como consecuencia del escándalo, el administrador de la sociedad de Ferrocarriles otomanos, Pleumartín, comprometidísimo en el feo asunto, fué llamado á París, y Desjardies, su subsecretario, regresó con él á Francia.

¿Comprometido también? No ; Desjardies no había

ni aun sospechado siquiera que en torno suyo se amasaban chanchullos y estafas más ó menos encubiertas; y confiado y obediente hubo de hacerse alguna vez auxiliar de una obra que no pudo imaginarse que fuese criminal, pidiendo ó fijando entrevistas á diferentes personas en los términos que le eran dictados por su jefe.

Esta correspondencia, de un interés secundario, pasó al principio inadvertida, á favor sin duda de la enorme repercusión del escándalo financiero, apareciendo más tarde en el horizonte judicial en las trágicas circunstancias que habían de conducir á Desjardies hasta el cadalso.

Fué ello que cierta mañana Desjardies, que frecuentaba el gabinete del substituto del Procurador de la República por hallarse encargado, como caridad que se le hiciera, de ciertas traducciones, fué encontrado empuñando un cuchillo de su pertenencia, y á sus pies, herido mortalmente, Lamblin, un empleado de la Audiencia, custodio del expediente instruído á consecuencia del escándalo de los Ferrocarriles otomanos. El cuerpo de Lamblin hallábase tendido ante la caja repleta de los preciosos papeles acusadores, una parte de los cuales, no compulsados aún, parecían ofrecerse á la mano criminal de Desjardies... ¡Y precisamente en esos papeles se le acusaba á él de complicidad con su jefe en los delitos de extorsión de dinero mediante amenazas, y de corrupción de funcionarios públicos!

Era el asunto tan claro, tan sencillo, tan directo, que ni siquiera despertó interés. Todo el mundo compadeció á Lamblin, empleado probo y querido en la Audiencia, y Desjardies fué condenado á muerte.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Nada tenía que reprocharse; pero las apariencias lo condenaban.

Un día, por descuido involuntario, dejóse olvidado sobre una mesa el cuchillo de que habitualmente se servía. La casualidad, la fatalidad mejor dicho, puso al infeliz entre su cuchillo olvidado, un cadáver aún caliente y una caja llena de papeles comprometedores para él. Eso fué todo; eso bastó para que un hombre honrado fuese condenado á muerte.

VIII

EL REY

Volvamos al salón cuyas ventanas daban á la plaza de la Roqueta. La entrada en el mismo del singular anfitrión á quien unos conocían tan sólo por las iniciales R. C. y al cual otros llamaban ya el rey de las Catacumbas, aunque esperada, parecía haber cambiado en otras tantas estatuas de piedra á todos los personajes allí presentes. Sin embargo, obedientes á un gesto del recién llegado, gesto elegante y gracioso, y á unas cuantas palabras que tenían algo de súplica y de orden al mismo tiempo, las estatuas se animaron de nuevo, é hicieron los movimientos necesarios para sentarse á la mesa que les era indicada.

Ocupadas las manos con las flores que el anfitrión misterioso acababa de ofrecerles y que de él recibieron sin una sola frase de agradecimiento por causa de la fuerte emoción que las embargaba, las dos mujeres ocuparon sus asientos á ambos lados del rey. Hablábales éste y ellas le escuchaban, pero sin contestarle,

hasta que se vió precisado á desembarazarlas por sí mismo de su aromática impedimenta.

Ellas le miraban embobadas. Era el rey de las Catacumbas un hombre joven y hermoso, como de unos veinte y ocho años, de grandes ojos negros cuya mirada profunda hacíase á veces tierna y á veces temible. Nada tan perfecto como el óvalo de su rostro. La frente, noble, destacaba bajo el obscuro color de la espléndida cabellera, y un bozo sedoso, de tinte algo más claro, sombreaba el labio superior, algo levantado con característica expresión de desdén supremo.

La relativa feminidad del semblante de aquel hombre extraordinario quedaba corregida gracias al acentuado relieve de los pómulos, indicador de un carácter astuto, y al desarrollo evidente de los músculos maxilares, signo indudable de fuerza de voluntad y de energía.

Vestía el rey, con gran desembarazo, frac á la francesa y pantalón bombacho de seda, lo mismo que las medias. De seda también era el chaleco, escotado sobre fina camisa con chorreras, en medio á la cual brillaba hermosa perla de espléndido oriente. Los puños, de encaje, daban paso á las manos largas y finas, delicadas, como manos de hermosa. Por último, la corbata, una especie de banda de muselina, daba varias vueltas en torno á su cuello y contribuía á darle el delicioso aspecto que presentaban los elegantes de otra edad ya pretérita, de hace doscientos años... Y sin embargo, ¡qué apariencia de exuberante juventud la de aquel hombre vestido tan á la antigua!

De todos los allí presentes sólo Sinnamari permanecía en pie, fruncido el entrecejo, persiguiendo con su mirada llameante al hombre osado que atrevíase á realizar juego tan peligroso en presencia suya, es decir, del Procurador imperial.

— Tenga usted la bondad de sentarse ahí, frente á mí, señor Procurador; — suplicó el joven.

— ¡Caballero! — dijo Sinnamari.

— Un momento... Hágame usted primero el honor de sentarse á mi mesa; después le escucharé.

Sinnamari, con tono glacial, repuso:

— Tengo el deber, caballero, de ordenar que le detengan en el acto.

— No, en el acto no, señor Procurador; á los postres nada más. Cada cosa á su tiempo ¡qué diablo! — replicó R. C. riendo. — Aquí no es usted el magistrado. Hablaremos, si usted se empeña, de las cosas serias á los postres; ahora vamos á comer, á beber y á reir... Pierda usted cuidado: le prometo que lloraremos también, pero á los postres, á los postres...

Y con tono de nobleza y urbanidad que hubo de causar la admiración de las mujeres, añadió enseguida:

— Estas señoras unen su ruego al mío.

En pie detrás de su silla, Sinnamari tuvo un momento de vacilación. Marcela Feraud, Raúl Gosselin, Wat y Eustaquio Grimm le suplicaban á coro que se sentase. La Muna era la única callada, tal vez porque le faltaban fuerzas para hablar.

— ¿Tendría usted miedo por casualidad? — preguntó R. C. en tono zumbón. — Si es así, voy á dar las órdenes oportunas para que lo acompañen hasta donde están sus agentes.

Esto diciendo, R. C. alargaba la mano hacia el timbre que colocaran cerca de él sus servidores.

El semblante de Sinnamari se coloreó fuertemente.

— Yo no tengo miedo de nada; — dijo. — Ni siquiera de cenar en compañía de usted. Debo sin embargo prevenirle que lo haré detener á los postres.

Dicho esto, se sentó.

— ¡Otra vez! — repuso R. C. riendo alegremente. — Vaya, señor Procurador imperial, olvide usted por un instante sus preocupaciones policiacas, que, á lo sumo, son dignas de un Dixmer... ¡Pobre hombre! ¿Han visto ustedes, señoras, en qué lamentable estado se encontraba? Supongo que no se han asustado ustedes...

— ¡Qué disparate! — exclamó alegremente Marcela Feraud. — Por mi parte estoy encantada. Es preciso que usted sepa que estos lances de bandidos me interesan mucho, pero mucho.

— ¿Y á usted, señorita, le interesan también los bandidos? — preguntó R. C. á su vecina de la izquierda.

— Yo, — respondió ésta — soy la Muna.

— Por muchos años; — dijo R. C.

La hilaridad se hizo general. Solo Regine permanecía impasible. Dijérase que ni oía ni veía. Desde que viera la guillotina en el centro de la plaza de la Roqueta, había perdido al parecer la fuerza para continuar quejándose de la extraña violencia que con él se había ejercido para conducirlo hasta allí. Indudablemente su pensamiento estaba lejos, muy lejos... ó tal vez muy cerca, tras la ventana, al pie de dos rojos

montantes, frente á aquella cosa insignificante que brillaba con resplandor siniestro en las sombras de la noche...

— ¡Parece usted preocupado, señor Regine!

Era R. C el que hablaba.

Levantó el interpelado la cabeza y miró á su interlocutor con vaguedad, como si despertase bruscamente de un sueño.

— ¿Yo?

Era tan lúgubre el semblante de Regine al pronunciar esa sílaba, que las carcajadas resonaron de nuevo.

— Sí, usted, señor mío... No prueba usted bocado ni habla una sola palabra... ¿Se siente usted enfermo?

Regine se recogió un instante.

— ¿Podría usted explicarme, caballero, — dijo al fin, — por qué me ha hecho secuestrar tan brutalmente?

— ¿Yo? — gritó R. C. — ¿Yo le he hecho secuestrar, y brutalmente?

— Me parece... Porque hay que suponer que todo esto se ha hecho por orden de usted. ¿No soy acaso aquí su prisionero?

— ¡Mi prisionero!... ¿Pero qué significa ese lenguaje? Aquí nadie está preso, y cada cual es libre de marcharse cuando se le antoje, como libremente han venido todos ustedes. Apelo al testimonio de cada uno de mis convidados. Hablen ustedes, señoras... caballeros...

En la sala se produjo un murmullo de alegres protestas. Hasta el mismo Sinnamari comenzaba á en-

contrar divertido aquel paso de comedia. Era un artista en su género, y sabía gustar el lado pintoresco que presentan los asuntos más trágicos. Y en aquel momento, su natural perspicacia aumentada por larga experiencia adquirida en la magistratura, hacíale presentir que aquella historia podría acabar de modo menos divertido; lo cual no le impedía regocijarse de la contrariedad que reflejaba el semblante de Regine.

— Caballero, — declaró éste; — á mí se me ha hecho objeto de una agresión brutal; se me ha encerrado durante cuatro horas en un coche, y se me ha traido aquí vendado y amordazado... Puede que todo esto divierta mucho á mis amigos, pero lo que es á mí...

R. C. no le dejó acabar.

— ¿Qué dice usted, señor mío? Si todo eso es cierto, como creo, le suplico que se sirva aceptar todas mis excusas... No puede usted figurarse cuánto me contraría lo que acabo de oir. Porque yo he prohibido á mis gentes, de la manera más terminante, que usen de procedimientos de esa índole al ejecutar mis órdenes. Ahora vamos á ver...

Dió dos golpes en el timbre, y entró un hombre, un viejo muy limpio que vestía amplio levitón negro que caíale casi hasta los pies. Sobre sus narices cabalgaban las gafas enormes, denunciadoras de su miopia, y bajo el brazo llevaba un libro colosal con tapas verdes y cantoneras de cobre.

— ¡Ah, es usted, señor jefe de lo contencioso! — dijo R. C... y volviéndose hacia las señoras :

— Ustedes me dispensarán, — añadió — pero deseo poner en claro cuanto antes esta deplorable historia. ¿Tiene usted ahí el mayor? — preguntó al viejo, que esperaba inclinado, en actitud respetuosa. — ¿Está en limpio? ¿A qué hora ha transcrito usted el último parte?

— Hace un momento. Acaba de salir de aquí V. que debe venir cada media hora para redactar un nuevo parte sobre el asunto Desjardies, y yo mismo paso al mayor todo lo que concierne personalmente á los deudores.

— Bien. Léame usted el parte Regine.

Deslizó el viejo sus dedos á lo largo de las páginas del libro, murmurando: R... R... Ra... Ra... Re... Regine, Regine, aquí está... ¿Debo leerlo todo?

— No, hombre. El último parte Regine solamente; — replicó R. C. sin impaciencia.

Saltó el viejo cinco, seis y siete grandes páginas, pruebas de lo mucho escrito que había acerca del jefe de gabinete del ministro de la guerra, y leyó enseguida :

« Ayer ordené que se aprestaran para esta noche á las doce y media cuatro hombres del segundo pelotón de la primera compañía de los cazadores negros. Consigna que se les ha dado : Secuestrar á Regine á la salida del Teatro Francés, al cual debe ir esta noche, función de abono, en compañía de su señora. No molestar á ésta, que debe ignorarlo todo. Transportar á Regine en coche, dejándolo á las cuatro y media de la madrugada en el salón Pompadour. Después de consultar el expediente Regine en el despacho del archivero, los cuatro hombres han tomado sus disposiciones ejecutando estrictamente la consigna. —

Nota. Necesidad de proceder por la fuerza con Regine, que no hubiera consentido en ningún caso en acudir de buen grado al salón Pompadour. Véase á este propósito el expediente, anotación número 125 ».

El viejo calló, terminada la lectura.

— Basta con eso, — dijo R. C. — Puede usted retirarse.

Desaparecido el jefe de lo contencioso, R. C. continuó, dirigiéndose á Regine.

— Por segunda vez suplico á usted, caballero, que se digne aceptar mis excusas. Sospecho que mis gentes no han procedido con arreglo á mis órdenes. Mañana sin falta examinaré esa anotación número 125 del expediente de usted, y si no llego á convencerme de que para tener el honor de contarle esta noche en el número de mis comensales les fué preciso emplear la fuerza, doy á usted mi palabra de honor de que serán severamente castigados. ¡Pues no faltaba más! Proceder brutalmente, cuando tal vez sirviéndose de la astucia, como lo han hecho con el señor Procurador imperial...

— ¿Qué es eso de la astucia? — gritó Sinnamari. — Yo estoy aquí porque quiero; vine voluntariamente.

— Exacto; pero sólo cuando las confidencias de Dixmer despertaron la curiosidad de usted, señor Procurador. Tenga usted entendido, sin embargo, que Dixmer no ha logrado descubrir de nuestra organización más que aquello que á nosotros nos ha parecido bien mostrarle, es decir, lo suficiente para intrigar á usted... Y usted, señor Sinnamari, que es curioso, y que no es cobarde, se ha dejado llevar de esa curiosidad y ha venido...

Regine figurándose que le trataban de cobarde se creyó en el caso de hablar.

— Pretende usted tal vez .. dijo.

— Señor mío, — interrumpió en el acto R. C. — sé que es usted tan bravo como el señor Procurador, pero... algo más sensible. Y nada tendría de particular que la vista de la guillotina...

— Tan sensible como mi amigo Regine soy yo — dijo entonces Marcela Feraud; — por eso protesto enérgicamente contra los postres que nos tiene usted preparados. ¿Por qué se le ha ocurrido á usted la idea de hacer que se nos indigeste la cena haciéndonos ver cómo se guillotina á un hombre?

Levantóse R. C. al oir estas palabras; acercóse á la ventana, y levantando el visillo mostró á través de los cristales la sombra siniestra de la máquina de muerte. Luego, con acento de firmeza y convicción, dijo:

— *Lo que he pretendido, señora, es mostrar á ustedes cómo no se guillotina á un hombre, aunque el suplicio de éste parezca inminente.*